

del libro (Massalia und Karthago, pp. 97-114), que pasa revista a la presencia helénica sobre el litoral ibérico, discutiendo el supuesto enfrentamiento entre griegos y cartagineses que habría conllevado la destrucción de las más emprendedoras de las colonias massaliotas, como Mainake o Hemeroskopeion, así como la presencia de mercenarios ibéricos en los ejércitos cartagineses que combatían en el Mediterráneo y que en ningún momento implicó la dominación por parte de Cartago de los territorios de aquéllos. Es más, la libertad comercial parece asegurada por el heterogéneo panorama arqueológico que combina las manufacturas cartaginesas con aquéllas de procedencia griega.

Las relaciones de Cartago con el mundo ibérico se estudian en el siguiente capítulo (Iberien und Karthago, pp. 115-132), en que se constata la inexistencia de una política agresiva en este contexto, por lo que habrá que buscar otra explicación para la destrucción de una serie de poblados ibéricos en la segunda mitad del siglo IV a. C. Las relaciones, abundantemente testimoniadas ahora por la presencia de numerosas manufacturas de diversa índole en el horizonte arqueológico, fueron cordiales, como demuestra el que los intereses de Cartago se hayan dirigido fundamentalmente hacia la conservación de unas relaciones económicas libres de complicaciones, y en presencia simultánea del comercio griego.

No obstante, esta presencia cartaginesa en territorio ibérico se intensifica a partir de mediados del siglo IV a. C. como pone de manifiesto la inclusión de una alusión a Mastia en el segundo tratado romano cartaginés, del cual se ocupa el capítulo octavo (Karthago und die Iberische Halbinsel im zweiten römisch-karthagischen Vertrag, pp. 133-143). Pero ello no significa necesariamente un reparto de la Península en esferas de influencia, sino la adopción de una serie de preocupaciones por parte de Cartago ante la presencia indiscriminada de navegantes extraños que pudieran perturbar el equilibrio de las relaciones existentes.

Un capítulo resumen, el noveno, sobre la historia de las relaciones hispano-cartaginesas (Die Geschichte der karthagisch-hispanischen Beziehungen im VI., V und IV Jh. v. Chr., pp. 144-151) y un último sobre la actuación de Cartago en Sicilia y Cerdeña (Exkurs: Das Ausgreifen der Karthager nach Sizilien und Sardinien, pp. 152-165) ponen término al libro que hemos leído con satisfacción.

CARLOS G. WAGNER

G. LÓPEZ MONTEAGUDO, *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, X). Madrid, C.S.I.C., 1989, 203 págs., 6 map. y 88 láms.

Fruto de un largo trabajo de recopilación, análisis y contrastación es este libro sobre las esculturas zoomorfas, conocidas vulgarmente como «verracos». El paso del tiempo desde que la autora compusiera el *corpus* básico, objeto de una tesis doctoral, y la publicación actual le ha permitido, por su constante relación con el tema, no sólo engrosarlo con nuevos hallazgos, sino también dar una mayor solidez a su explicación sobre el origen y función de estas esculturas animalísticas.

La obra se puede desglosar en tres grandes apartados. El primero, con carácter introductorio, trata el ámbito geográfico y cultural. El segundo es el catálogo de hallaz-

gos propiamente dicho y el tercero agrupa las consideraciones finales en dos apartados, «resultados» y «conclusiones».

La autora nos introduce en la problemática de los «verracos», haciendo repaso a las más viejas noticias sobre estas esculturas de jabalíes y bóvidos. Estas, al formar parte del paisaje cotidiano de muchas comunidades del centro-oeste de la Península Ibérica, han sido objeto de un uso popular muy rico. Así se analizan las diferentes utilidades que hasta el presente se les ha atribuido y la toponimia relacionada con ellos, para poder así seguir una posible pista ancestral de la finalidad de estas esculturas animalísticas en su contexto original. Pista que parece francamente tenue y diluida por el paso del tiempo.

En «Ambito geográfico y cultural», se comienza por definir el área de distribución de los «verracos». Estas representaciones parecen concentrarse en dos áreas, una localizada en la provincia de Avila y otra que abarca la zona comprendida entre Trás-os-Montes, Salamanca y Zamora. En un plano etnográfico antiguo de la Península Ibérica su distribución coincide con el territorio de los vettones, especialmente, aunque también se encuentran en tierras de astures, lusitanos y carpetanos, y más rara vez entre vacceos y turmódigos.

Rápidamente se entra a caracterizar la cultura material de estos pueblos. La autora los encuadra en la «Cultura de los Castros de la Meseta» en las dos etapas tradicionalmente delimitadas, Cogotas I y Cogotas II. Se trata de pueblos que viven en castros fortificados en lugares elevados, se entierran en necrópolis de incineración bajo túmulos y desarrollan una economía fundamentalmente pastoril.

Al hablar de los castros, la autora se detiene sobre todo en mostrar la organización espacial de las diferentes construcciones, viviendas, recintos fortificados y otros sistemas defensivos, etc. Trata con especial cuidado y amplitud las necrópolis, articulándolas con sus respectivos hábitats, y también se ocupa en describir los ritos funerarios. La razón es la propia indagación en la que la autora se encuentra inmersa, descubrir la cronología y función de estas esculturas.

Un repaso a las cerámicas, armas, objetos de adorno y orfebrería nos conduce a los aspectos lingüísticos, organización social y religión, esto último tratado con más detalle.

Una de las características más notables de este apartado es precisamente su claridad, al prescindir de parte del marco cultural no asociado directamente a estas representaciones. Se ha eliminado todo aquello que pueda parecer superfluo en la contextualización de los «verracos».

En el catálogo se recoge la totalidad de las esculturas conocidas como «verracos» de la Península Ibérica, tanto de los que se conservan en la actualidad como de aquéllos hoy desaparecidos, pero de cuya existencia hay noticias fidedignas.

Las esculturas han sido ordenadas por provincias, y dentro de ellas, también por orden alfabético, según el nombre del término municipal en el que fueron halladas o se encuentran en la actualidad. Opción muy acertada que rompe cualquier inercia por definir áreas geográficas y zonas de difusión que no sean las que la autora presenta en sus mapas, a partir de diferenciaciones tipológicas muy meditadas.

De cada escultura se presenta una ficha técnica siguiendo un modelo. Se menciona primero el tipo de animal de que se trata, toro o jabalí, la materia en la que está tallado, el tamaño, la procedencia y el lugar de conservación. En abreviación aparece la bibliografía más representativa. En el comentario subsiguientemente se describen las características externas de la pieza y en su caso las vicisitudes de su hallazgo, traslado, etc.

Un gran empeño por mantener una objetividad científica se pone de manifiesto no sólo en la sobriedad de los comentarios, sino también al no presentar ni un solo dibujo, ni siquiera propio, de ninguno de ellos. El cuerpo de láminas lo componen sólo fotografías, habiéndose hecho un gran esfuerzo en este sentido al presentarnos fotos de 248 verracos del total de 280 que componen el catálogo. Las ausencias se deben fundamentalmente a que son piezas ilocalizables en la actualidad.

El catálogo se completa con un pequeño *corpus* de las inscripciones gravadas sobre «verracos», en número de 25.

La referencia en cada pie de foto sólo al número de catálogo, en el bloque separado de láminas, no permite el uso autónomo del mismo, sino que hay que consultar permanentemente el catálogo. Así se nos invita a pasar a las páginas de contenido. No obstante, hubiera preferido que las imágenes estuvieran insertadas en el catálogo junto a cada ficha. Una u otra opción no es muchas veces decidida por el autor, sino por el editor o la imprenta, por razones económicas o técnicas.

Unos índices de fuentes, nombres y materias, muy completos, ayudan al manejo del catálogo y de la obra en general. Índices que son imprescindibles en libros de este tipo.

La bibliografía es muy amplia, y ceñida a lo tratado. Esta obra, a pesar de haber sido inicialmente una Tesis doctoral, no ha sido lastrada por el paso del tiempo, y la recogida bibliográfica parece haber sido permanentemente actualizada, tanto en el tema troncral como en los colaterales, hasta su aparición impresa.

Las consideraciones finales son seguramente la parte más sustancial del libro. Se centra sobre todo en intentar desvelar cuál era la finalidad de estas esculturas animalísticas.

Se señala, a través de algunos hallazgos, el carácter funerario de los «verracos», confirmado también por la aparición de inscripciones funerarias latinas en algunos ejemplares.

Aparte de esta relación con el mundo de ultratumba, algunos hallazgos *in situ* muestran también su posible relación con santuarios indígenas.

También se indica que estas esculturas pudieron tener un carácter de ofrenda o exvoto, con sentido de *consecratio* y no de sacrificio, según deduce la autora de las particularidades plásticas de algunos «verracos», con franjas resaltadas sobre los brazos, cazoletas, verdugones, etc., que denotarían este uso.

Menos clara nos parece la relación que se pretende establecer con algunas divinidades indígenas y romanas. Los indicios aportados sólo señalan muy débilmente esta relación, que la autora, lógicamente, señala sólo como posible.

Muy interesante y bellamente construida es la argumentación para apoyar un significado de los «verracos» en relación con cultos solares. Sin embargo, la organización encadenada de la hipótesis deja entrever algunos pasos inseguros. La argumentación va desde unos grabados sobre «verracos» procedentes de Cáceres hasta las dos esculturas zoomorfas del monte Sleza en Polonia y el santuario de Libenice en Checoslovaquia.

No obstante, es mérito de la autora proponer un significado ctónico-astral para los «verracos», enriqueciendo la discusión sobre el significado de estas esculturas.

También algo problemática es la conexión establecida entre las esculturas zoomorfas polacas y los verracos hispanos a través del comercio del ámbar báltico.

La autora encuentra también considerables dificultades para datar las esculturas, pues cuenta con pocos indicios cronológicos. De todas formas, saca el máximo partido de los mínimos indicios. Concluye afirmando que las esculturas de «verracos» ofrecen una alta cronología, desde fines del siglo VI a. C. hasta época imperial romana.

El planteamiento de estas hipótesis es el remate lógico de una obra sólida y bien documentada, que abre puertas para avanzar en este campo y enriquecer una discusión que se prevé larga y fructífera.

FERNANDO LÓPEZ PARDO

S. ORDÓÑEZ AGULLA, *Colonia Avgvsta Firma Astigi*. Monografías del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, 1988, 216 pp., 7 mapas.

El estudio realizado por Salvador Ordóñez sobre la colonia Augusta Firma Astigi es el primer trabajo de conjunto que se lleva a cabo sobre este importante centro económico-administrativo. El hecho de que no se haya abordado antes una investigación de este tipo se debe, como dice el Prof. Genaro Chic en el prólogo, al complejo carácter de las fuentes a emplear. Entre los diversos problemas que ha tenido que afrontar el autor al realizar este estudio se hallan la escasez de fuentes escritas, la diseminación de los hallazgos arqueológicos, así como la ausencia, hasta hoy, de excavaciones en la ciudad. Estas recientes excavaciones han permitido establecer la hipótesis de la existencia de la *Astigi vetus* mencionada por Plinio, bajo la actual Ecija (cerro del Alcázar), es decir, en el mismo lugar que la ciudad romana. Los resultados de éstas, así como de otros aspectos de la colonia y de su entorno, fueron presentados en el *I Congreso de Historia de Astigi*, todavía en prensa.

El trabajo se inscribe dentro de la línea de investigación que propuso el Prof. Presedo, en los años setenta, dirigida a un estudio de todas las colonias de la Bética, para llegar así a tener un mejor conocimiento del proceso de romanización. Trabajos precedentes con este enfoque son, por ejemplo, el del J. M. Santero sobre la colonia Iulia Gemella Acci (*Habis*, 3, 1972, pp. 203-222) y el de J. M. Serrano sobre la colonia Augusta Gemella Tucci (Martos, 1987). En estos últimos años el Prof. Rodríguez Neila ha ampliado esta línea de investigación al estudio de los municipios de esta misma provincia, siendo un fruto de ella el trabajo de L. Segura sobre Igabrum (Córdoba, 1988). Así, pues, una serie de trabajos precedentes han establecido poco a poco un método, que S. Ordóñez sigue en su estudio sobre Astigi.

En el primer capítulo, al hacer la introducción geográfica, el autor establece al hablar del río Genil que éste fue el factor determinante del auge económico, de esta capital de conventus, pues el Singilis habría sido navegable en la antigüedad hasta Ecija. Navegabilidad que basa en Plinio (III,3,12) y en la posible existencia de un sistema de esclusas a lo largo del río, para lo que hace referencia a un estudio de M. Eckoldt sobre métodos artificiales para hacer navegable un pequeño río en la Europa central. Señala, además, el hecho de que en la antigüedad el curso del Genil era más rectilíneo y el hallazgo de unos restos arqueológicos a pocos kilómetros de Ecija que podrían corresponder a una esclusa.

En el segundo capítulo, en el que primeramente aborda el estudio de las pocas fuentes que hacen referencia a la ciudad, considera excesivo el identificar el *Eiskadia* a Apiano (*Ib.* 68) con Astigi, pues el escritor carece de rigor geográfico. Respecto al texto de Plinio (III,3,12) en el que se menciona *Astigi vetus* con el status de *oppidum liberum*, Ordóñez avanza la hipótesis de que obtuviese este privilegio en reconocimiento de los servicios prestados cuando la batalla de Munda, pues Astigi no se hallaba muy lejos.